





POBLACIÓN 2020

*La demografía puede incidir poderosamente en la velocidad
y el proceso del desarrollo económico*

David E. Bloom

“La demografía es el destino” es una frase célebre que alude a que el tamaño, crecimiento y composición de la población de un país determinan su tejido social, económico y político a largo plazo. Esta expresión subraya la forma en que la demografía determina los muchos y complejos retos y oportunidades que enfrentan las sociedades, incluidos los pertinentes al crecimiento y desarrollo económicos.

No obstante, afirmar que la demografía lo determina todo es una exageración que minimiza el hecho de que tanto las tendencias demográficas como sus repercusiones para el desarrollo son sensibles a incentivos económicos, reformas institucionales y políticas, así como a la evolución de la tecnología, las normas culturales y el comportamiento.

El mundo atraviesa un momento de grandes cambios demográficos cuyos componentes clave son tres: crecimiento poblacional, cambios en la fecundidad y mortalidad, así como en la composición etaria de la población.

Crecimiento poblacional

El mundo tardó más de 50.000 años en llegar a albergar a 1.000 millones de habitantes. Desde 1960 hemos añadido sucesivos miles de millones cada una o dos décadas. En 1960 había en el mundo 3.000 millones de personas; en 2000, 6.000 millones y, según proyecciones de las Naciones Unidas, llegado 2037 habrá más de 9.000 millones de habitantes. Pese a ello, la tasa de crecimiento demográfico se ha ido desacelerando, de un máximo anual superior a 2% a fines de la década de 1960 a la tasa actual de 1%, y para 2050 se prevé la mitad de esa tasa.

Pese a que durante el período 1960–2000 el ingreso mundial per cápita aumentó a más del doble, la esperanza de vida aumentó 16 años y la tasa de matriculación en la escuela primaria pasó a ser casi universal, la rápida tasa de crecimiento poblacional plantea numerosos retos abrumadores, tanto desde el punto de vista privado como público. Estos retos abarcan la necesidad de contar con más alimentos, vestimenta, vivienda, educación e infraestructura, la integración de un gran número de personas en empleos productivos, así como la adopción de medidas de protección ambiental más rigurosas. Aunque el carácter explosivo del crecimiento demográfico mundial se está atenuando en términos relativos, la población aumenta considerablemente de una década a otra partiendo de niveles cada vez más altos.

Las inquietudes acerca de la explosión demográfica mundial se han aplacado en cierto modo, y han surgido en cambio preocupaciones acerca del rápido crecimiento demográfico de algunos países y regiones (véase “Más adultos” en este número de *F&D*). De hecho, la desaceleración general de la tasa de crecimiento de la población

mundial oculta cambios significativos en la distribución de la población mundial por niveles de desarrollo y regiones geográficas.

En 1950, los países que las Naciones Unidas calificaban como menos desarrollados representaban el 68% de la población mundial; hoy representan el 84%. Esa proporción seguirá aumentando porque casi la totalidad de 2.000 millones de personas que, según las proyecciones, se sumarán a la población mundial en las tres próximas décadas procederán de regiones menos desarrolladas. Ello es muy inquietante porque las regiones menos desarrolladas tienden a ser más frágiles —política, social, económica y ecológicamente— que las más desarrolladas.

Aunque China, con 1.440 millones de habitantes, es actualmente el país más poblado del mundo, seguido por India con 1.380 millones, las proyecciones indican que India será a finales de esta década el país más poblado, con 1.500 millones de habitantes frente a una población máxima de China de 1.460 millones. Entre 2020 y 2050, Nigeria (que, según proyecciones, superará a Estados Unidos para convertirse en la tercera nación más poblada del mundo) y Pakistán —que ya se cuenta entre los 10 países más poblados— darán un gran salto. Una proporción elevada de la población mundial seguirá concentrándose en Asia (60% en la actualidad frente a 54% en 2050).

Por último, a pesar del continuo crecimiento de la población mundial, en 61 países y territorios que actualmente albergan al 29% de la población mundial se proyecta un crecimiento demográfico negativo en 2020–50. La disminución más pronunciada (–23%) se proyecta para Bulgaria (véase “El éxodo de Europa oriental” en este número de *F&D*).

Mortalidad, fertilidad y migración

El tamaño y el crecimiento de la población reflejan las fuerzas subyacentes que influyen en la mortalidad, la fecundidad y las migraciones internacionales. Esas fuerzas varían considerablemente de un país a otro y ayudan a explicar diferencias fundamentales en la actividad económica y la evolución de las economías en cuanto a capital físico, mano de obra y acumulación de capital humano, bienestar y crecimiento económicos, así como pobreza y desigualdad.

En general, estas fuerzas son sensibles a los shocks económicos y también reaccionan frente a acontecimientos políticos, como el inicio y final de una guerra o una crisis de gobierno. En muchas economías en desarrollo, el crecimiento demográfico se ha caracterizado por un fenómeno conocido como “transición demográfica”: la reducción de las tasas de mortalidad, seguida de una reducción correspondiente de las tasas de natalidad.

En las próximas décadas, la demografía favorecerá el bienestar económico de las regiones menos desarrolladas más que el de las más desarrolladas.

Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, las personas vivían 30 años, en promedio. Pero entre 1950 y 2020, la esperanza de vida pasó de 46 años a 73 años, y para 2050 se prevé que aumentará otros 4 años. Asimismo, para 2050, se proyecta que la esperanza de vida superará los 80 años en al menos 91 países y territorios que concentrarán para entonces el 39% de la población mundial. Este aumento de la longevidad, un logro humano colosal, refleja mejoras en las perspectivas de supervivencia a lo largo del ciclo de vida, pero especialmente entre lactantes y niños.

La convergencia de la esperanza de vida de los distintos países sigue siendo notable. Por ejemplo, entre África y América del Norte había una brecha en cuanto a la esperanza de vida de 32 años en 1950 y 24 años en 2000; actualmente es 16 años. Se prevé una reducción histórica de las disparidades entre los países en cuanto a atención de la salud como resultado del aumento del ingreso y los avances de nutrición en países de bajo y mediano ingreso, la difusión de innovaciones en tecnologías e instituciones de cuidado de la salud, así como la distribución de ayuda internacional.

En la década de 1950 y 1960, la mujer promedio tenía cinco hijos durante su vida fértil; actualmente, tiene poco menos de 2,5 hijos. Ello se debe, en teoría, al creciente costo de la crianza (incluido el costo de oportunidad, reflejado principalmente en los salarios femeninos), al mayor acceso a métodos anticonceptivos eficaces y, quizás, a la creciente inseguridad del ingreso.

Las repercusiones sociales y económicas de este declive de la fecundidad son enormes. Entre otras cosas, la menor fecundidad ha ayudado a muchas mujeres a aliviar la carga de la maternidad y la crianza de los hijos. Ha contribuido además a empoderar a las mujeres en sus hogares, comunidades y sociedades, y les ha permitido participar más activamente en el mercado laboral remunerado. Todos estos factores refuerzan la preferencia por un menor número de hijos.

Entre 1970 y 2020, la tasa de fecundidad disminuyó en todos los países del mundo. Tendió a disminuir más en países en que dicha tasa era inicialmente alta, otra faceta de la convergencia demográfica. África y Europa tienen actualmente las tasas de fecundidad más altas (4,3%) y más bajas (1,6%), respectivamente.

Si la estructura etaria de la población muestra una cantidad suficientemente alta de personas en edad de procrear, incluso una tasa de fecundidad de 2,1 puede

traducirse a corto y mediano plazo en un crecimiento demográfico positivo, porque la baja fecundidad por mujer se ve más que compensada por el número de mujeres que tienen hijos. Esta característica de la dinámica demográfica se denomina impulso demográfico y ayuda a explicar (junto con la migración) por qué la población de 69 países y territorios crece actualmente pese a tener tasas de fecundidad por debajo de 2,1.

Las migraciones internacionales también afectan el crecimiento demográfico. Sus efectos son considerables en países como Guyana, Samoa y Tonga, donde la emigración neta de los últimos 30 años ha sido notable. Bahrein, los Emiratos Árabes Unidos y Qatar han registrado las mayores tasas de inmigración neta. De las diez superpotencias demográficas del mundo, los inmigrantes tienen la mayor presencia relativa en Estados Unidos (15% en 2019). En la mayoría de los países, sin embargo, las migraciones internacionales no han sido la fuerza demográfica predominante porque actualmente más del 96% de los habitantes del mundo viven en su país de nacimiento (véase “El canto del cisne del inmigrante” en este número de *F&D*).

Dinámica de la estructura etaria

La estructura etaria de una población obedece principalmente a su historial de fecundidad y mortalidad. En poblaciones de alta mortalidad, la supervivencia tiende a mejorar en forma más pronunciada entre los niños. Esto lleva a un auge de la natalidad que se acaba cuando la fecundidad disminuye en respuesta a la percepción de que la supervivencia infantil ha mejorado y a medida que el número de hijos deseado se reduce como resultado del desarrollo económico. Pero a medida que la cohorte relativamente numerosa nacida durante el auge avanza de la adolescencia a la edad adulta, la proporción de la población en edad de máximo trabajo y ahorro crece mucho.

Esto amplía la capacidad productiva de la economía sobre una base per cápita y ofrece la oportunidad de alcanzar un rápido crecimiento del ingreso y reducir la pobreza. Asimismo, acontecimientos de la última década, como los levantamientos en los países árabes y las recientes protestas masivas en Chile y Sudán, demuestran que los países que no logran generar suficiente empleo para grandes segmentos de la juventud adulta son propensos a inestabilidad social, política y económica.

El “dividendo demográfico” se refiere al proceso a través del cual los cambios en la estructura etaria impulsan el crecimiento económico. Depende, evidentemente, de varios factores complejos, incluidas las características y la velocidad del cambio demográfico, el funcionamiento de los mercados de capital y mano de obra, la gestión macroeconómica y las políticas de comercio exterior, la gobernanza, así como de la acumulación de capital humano. No obstante, el dividendo demográfico puede explicar gran parte de la variación de los resultados económicos obtenidos en el pasado por diferentes países y regiones (por ejemplo, si se comparan Asia oriental, América Latina y África subsahariana), y ayuda a identificar qué factores son más, o menos, favorables para el crecimiento económico futuro de un país. Entre 2020 y 2030, por ejemplo, se proyecta que Bhután, Eswatini, Jordania y Nepal registrarán el mayor aumento de la proporción entre la población activa y la no activa.

La tasa de dependencia —la inversa de la proporción entre la población activa y no activa— mide la presión económica de las personas en edad de trabajar para mantenerse a sí mismas y mantener a los que no están en edad de trabajar. En 1990, en las regiones más desarrolladas dicha tasa era apreciablemente menor que en las regiones menos desarrolladas (0,68 frente a 1,04).

Llegado 2020, sin embargo, como resultado de distintos factores relacionados con una menor fecundidad y el envejecimiento demográfico, la tasa había aumentado a 0,70 en las regiones más desarrolladas y disminuido a 0,75 en las menos desarrolladas. Para 2050 se proyecta que la tasa de dependencia será mayor en las regiones más desarrolladas (0,89) que en las menos desarrolladas (0,77). Ese cambio indica que en las próximas décadas la demografía favorecerá el bienestar económico de las regiones menos desarrolladas más que el de las más desarrolladas, especialmente en África, la única región en que se proyecta que la tasa disminuirá para 2050.

En países que aún no han atravesado por transiciones demográficas apreciables (como Chad, la República Centroafricana, Sierra Leona y Somalia), las políticas se encaminan a catalizar esas transiciones. Entre dichas políticas se incluyen inversiones para mejorar la supervivencia de lactantes y niños, por ejemplo, ampliando el alcance de las vacunaciones y el acceso a sistemas de atención primaria de la salud bien abastecidos y dotados de personal adecuado.

En poblaciones que han registrado avances en materia de salud y supervivencia, los países podrían beneficiarse de políticas para reducir la fecundidad, por ejemplo, fomentando la educación de las niñas y el acceso a servicios de salud reproductiva y planificación familiar.

En los países con una proporción relativamente grande de población que se encuentra en una etapa de trabajo

muy activo y con gran capacidad de ahorro se requieren políticas que ayuden a aprovechar los beneficios potenciales de las tendencias demográficas favorables. Dichas políticas incluyen las medidas de apoyo para el funcionamiento de mercados competitivos de mano de obra y de capital, el desarrollo del capital humano, la construcción de infraestructura, la gestión macroeconómica acertada, las políticas comerciales cuidadosamente diseñadas y el buen gobierno. Tales políticas siempre son recomendables, pero cuando gran parte de la población está en edad de trabajar hay más en juego.

En algunos países, invertir en estas políticas presenta retos ya que su ingreso per cápita actual es, en términos reales, más bajo que el de las economías avanzadas cuando estas se encontraban en una etapa demográfica similar.

Al mundo le salen canas

El envejecimiento poblacional, la tendencia demográfica predominante en el siglo XXI, es reflejo de una creciente longevidad, de una fecundidad en declive y de la progresión de grandes cohortes hacia edades más avanzadas. Nunca antes tantas personas habían superado los 65 años de edad (el umbral convencional de la vejez). En las próximas tres a cuatro décadas, tendremos otras 1.000 millones de personas mayores, que se suman a las 700 millones actuales. Entre la población mayor, el segmento de los de más de 85 años está creciendo a una tasa especialmente rápida y se proyecta que superará los 500 millones en los próximos 80 años. Esta tendencia es significativa porque este grupo en general tiene necesidades y capacidades muy diferentes de las de las personas de 65 a 84 años.

Aunque en todos los países la población envejecerá, las diferencias en la progresión de este fenómeno serán considerables. Japón es actualmente el líder mundial: el 28% de su población tiene 65 años o más, el triple del promedio mundial. Llegado 2050, en 29 países y territorios la proporción de personas de edad avanzada será mayor que la de Japón hoy. De hecho, la República de Corea eventualmente superará la proporción de Japón, alcanzando el nivel sin precedentes de 38,1%. La mediana de edad en Japón (48,4) es actualmente mayor que en cualquier otro país y más del doble que en África (19,7). Sin embargo, para 2050 se prevé que Corea (56,5 como mediana de edad en 2050) también superará en esa medida a Japón (54,7).

Hace tres décadas, el número de adolescentes y adultos jóvenes (de entre 15 años y 24 años) superaba en más de tres veces el de personas mayores. En tres decenios más, estos grupos etarios estarán aproximadamente a la par.

Por grupos de ingreso, el aumento más pronunciado del número de personas de edad avanzada tendrá lugar en países que actualmente se clasifican como de mediano

Entre la población mayor, el segmento de los de más de 85 años está creciendo a una tasa especialmente rápida y se proyecta que superará los 500 millones en los próximos 80 años.

ingreso. No es de sorprender ya que estos países concentran el 74% de la población mundial. Lo que quizá sorprenda es que en los países de mediano ingreso la proporción de personas mayores está aumentando a un ritmo mucho más rápido que en los países de bajo y alto ingreso. Además, en comparación con los países de alto ingreso, se proyecta que los países que hoy son de mediano ingreso tendrán ingresos reales apreciablemente más altos cuando su población de edad avanzada alcance una proporción similar a la de los países de alto ingreso. Ello refuta la noción de que las economías en desarrollo están envejeciendo antes de enriquecerse.

El reto que se les plantea a los países de mediano ingreso no es que su ingreso sea insuficiente para satisfacer las necesidades de su población de edad avanzada sino más bien si las instituciones y las políticas podrán promover la seguridad económica y social de los mayores en forma financieramente sostenible.

El envejecimiento poblacional activa las alarmas en todo el mundo. Hasta qué punto la mayor longevidad significa que una persona vivirá más años en situación de fragilidad es uno de los interrogantes más importantes a los que se enfrentan en todo el mundo las autoridades públicas y privadas (véase “Una buena y larga vida” en este número de *F&D*).

Los economistas siguen manifestando inquietud por las presiones que ejercerán en el crecimiento económico la escasez de mano de obra y capital y la caída de los precios de los activos en el futuro a medida que una cohorte cada vez más numerosa y anciana intente subsistir liquidando inversiones. La otra cuestión central se relaciona con la tensión fiscal. Las arcas públicas se verán sometidas a presiones debido al aumento de los pasivos por pensiones y al costo de atención de la salud y cuidado a largo plazo que ante el aumento previsto de la incidencia y prevalencia de enfermedades crónicas como el cáncer, entre otras. Sin embargo, estos problemas se verán contrarrestados en parte por el valor cada vez mayor, pero en general subestimado, que crean las personas mayores mediante actividades productivas no comerciales, como el trabajo voluntario y la prestación de cuidados.

Sin las enseñanzas históricas de un mundo con tanta gente de avanzada edad, la incertidumbre en torno a nuestro futuro colectivo es aún mayor. No obstante, sería irresponsable actuar como si nada ocurriera frente a los retos del envejecimiento demográfico.

Varias medidas podrían atenuar la carga económica de dicho envejecimiento. Entre otras, reformas para

promover la sostenibilidad financiera y la equidad intergeneracional del financiamiento de la atención de la salud y las pensiones. Elevar la edad de jubilación, que se ha mantenido relativamente estable en casi todos los países durante las últimas décadas (véase “Envejecer sin empobrecer” en este número de *F&D*) también aliviaría esa carga. Los incentivos fiscales pronatalistas también son una opción para el largo plazo, pero su efecto sobre la fecundidad aún no está probado.

Otros enfoques incluyen reforzar el énfasis de los sistemas de atención de la salud en la detección temprana y la prevención de enfermedades, por ejemplo, concientizando a las personas acerca de los beneficios de la actividad física y subvencionando dicha actividad. Reducir las barreras institucionales y económicas a la inmigración internacional procedente de regiones donde la población en edad de trabajar es relativamente numerosa podría aliviar la escasez de mano de obra.

Por último, probablemente las innovaciones tecnológicas mitigarán los efectos del envejecimiento demográfico. El desarrollo de nuevos fármacos que desaceleren el proceso de envejecimiento y añadan años saludables a la vida de las personas y la invención y aplicación de dispositivos como robots de asistencia son dos de las muchas mejoras en este sentido. También se vislumbran innovaciones institucionales, como nuevos modelos de atención médica domiciliaria, sistemas de transporte público, planificación urbana e instrumentos financieros.

Conclusión

Los indicadores demográficos mundiales, regionales y nacionales han cambiado drásticamente desde principios de la década de 1950 y se prevé que esa tendencia se mantendrá en las próximas décadas. Entre los fenómenos demográficos estudiados a nivel mundial, el envejecimiento demográfico sigue desplazando al crecimiento poblacional como punto central de interés. No obstante, tanto los fenómenos como las causas que los impulsan han tenido y seguirán teniendo efectos de gran alcance sobre muchos indicadores y factores determinantes del bienestar y el progreso económicos. La demografía, sin embargo, no está grabada en piedra. Tampoco lo están sus implicaciones para el bienestar individual y colectivo. **FD**

DAVID E. BLOOM es profesor de economía y demografía en la Escuela T.H. Chan de Salud Pública de la Universidad de Harvard.